**Traducción de “Real-life dialogue on human freedom and the origin of evil” de Leibniz**

**Diálogo real sobre la libertad humana y el origen del mal**

Nota: Esta traducción está realizada en base a la versión de Jonathan Bennet (2017, Early modern texts, RECUPERADO DE: http://earlymoderntexts.com/assets/pdfs/leibniz1695a.pdf)

**A:** A menudo me siento perdido cuando soy confrontado por un pensamiento, ya que, me parece a mí, que el pecado debe ser necesario e inevitable. Muchas cosas buenas se han dicho sobre esta cuestión, y no podría yo responder adecuadamente a todas, pero últimamente, ninguna logra satisfacerme del todo y pronto se desvanecen.

**B:** Estos asuntos demandan profunda meditación. Si quieres estar en paz con ellas, de algún modo, debes otorgarles la atención que merecen.

**A:** El padre Sperandio en Munich me aconsejó que olvidara la cuestión y la dejara sola. Establecí mis dudas ante él un día, y me respondió con gran elocuencia, y tan plausiblemente, que yo quedé reducido al silencio. Cuando hubo terminado su argumento me preguntó: “¿No te parece que es así?” A lo que respondí que sí. “Bueno señor” – dijo – “quédese tranquilo con esto ahora, y por su propio bien y paz mental, deje de darle atención a estos pensamientos”. Pero yo no he podido ser capaz de seguir su consejo.

**B:** Una mente mediocre podría fácilmente seguir el consejo del padre, pero no alguien con una inteligencia aguda como la tuya. Estoy de acuerdo en que no hay necesidad de verse enmarañados en tales delicadas cuestiones, y no le aconsejaría a nadie que las confrontara. Yo sólo digo que alguien que haya pensado lo bastante fuerte para que surjan estas dificultades, debe, asimismo, ser capaz de pensar con la suficiente fuerza como para desenterrar sus propias soluciones. En lo que respecta al consejo del padre Sperandio: no lo apruebo. Aún más, eleva mis sospechas acerca de la “elocuencia” y “plausibilidad” de su discurso, en cuanto le aconsejó que se abstuviera de usar su mente. Está en la naturaleza de las respuestas que son buenas y sólidas, el que nos parezcan más sólidas, a medida que reflexionemos en ellas, y es característico de las evasiones el que uno quiera darles poca atención para “estar en paz” con ellas.

**A**: Le diré, entonces, qué me ha retenido. Todos acordamos en que Dios lo sabe todo y que, para él, el futuro es tan presente como lo es el pasado. Yo no podría mover mi brazo ahora sin que él hubiera previsto tal acto desde toda la eternidad. Él sabe si yo cometeré un asesinato, un crimen, o un pecado distinto. Y desde que su previsión es infalible y atada a ser correcta, es del mismo modo infalible el hecho de que yo cometeré el pecado que él ha previsto. De modo que es necesario que yo pecaré, y no está en mi poder el no hacerlo. De suerte que, no soy libre.

**B:** Ciertamente, señor, no somos completamente libres; sólo Dios es completamente libre, desde que sólo él es independiente de todas las cosas. Nuestra libertad está limitada de muchas maneras: no soy libre de volar como un águila o de nadar como un delfín, debido a que mi cuerpo no está equipado para tales cosas. Algo similar podemos decir acerca de nuestras mentes. A veces nuestras mentes no han estado libres de problemas. En rigor, jamás tenemos perfecta libertad de mente. Pero eso no nos previene de tener cierto grado de libertad mayor que el de algunos animales, quienes no lo poseen igualmente; es nuestra capacidad de razonar y poder elegir en base a lo que surge de nuestras reflexiones, lo que nos distingue. En lo que respecta al divino pre conocimiento, Dios prevé las cosas como son y eso no cambia su naturaleza. Eventos que dependen del azar y son contingentes, por sí mismos, no llegan a ser, en virtud de que Dios los haya previsto, entonces: están asegurados, pero no son necesarios.

**A:** Asegurados o infalibles, es decir, atados a suceder, ¿no es aquello todo casi la misma cosa?

**B:** No, hay una diferencia. Considera primero un caso de total y absoluta necesidad: es necesario que tres veces tres, sean nueve. Esto no depende de ninguna condición, e incluso Dios no contradeciría este asunto. Contrasta eso con la mera necesidad condicional que los futuros contingentes tienen. Un futuro pecado puede prevenirse y será prevenido, si el humano hace su labor, aunque Dios prevé que no será así. Este pecado es necesario por cuanto Dios lo ha previsto. Si a ello le agregamos la proposición de que “Dios prevé, sólo en cuanto es algo que va a ocurrir”, tenemos algo equivalente a decir: el pecado va a suceder necesariamente por cuanto es necesario que se dará. Esto es lo que uno llama necesidad condicional.

**A:** Estas distinciones no quitan las dificultades.

**B:** Debo admitir que no veo ninguna dificultad. ¿Hay acaso algo de malo en aceptar que Dios lo prevé todo? Por el contrario, desde que lo hace, no hay punto en amargarse por ello, y ciertamente, hacerlo, representaría no amarlo.

**A:** Estoy completamente en paz acerca del divino pre conocimiento. Pero parece darles a los eventos una certeza o necesidad, la cual, sea que uno la tome de modo condicional, o de modo absoluto, la encuentro igualmente inquietante.

Si mi pecado es necesario, o si cuando menos mi pecado ha sido previsto y está atado a suceder, luego es un desperdicio de esfuerzo el intentar evitarlo; el pecado sucederá de todas formas.

Lo que me perturba es que no tengo ninguna réplica a este asunto.

**B:** ¡Estas consecuencias perturbadoras no se siguen! Los filósofos ancestrales tenían un argumento falaz similar, conocido como el “silogismo del hombre flojo”, debido a que su conclusión es que no deberíamos hacer nada:

* Si algo está previsto a suceder, ocurrirá sin ningún esfuerzo mío.
* Si no está previsto, no sucederá, y no puedo hacer nada al respecto.
* De modo que, no hay punto en esforzarse en ningún sentido.

Yo respondería a esto negando algo que es sostenido sin prueba: puntualmente, la primera premisa, la cual dice que el evento previsto ocurrirá no importa lo que haga yo. Si está previsto que yo lo haré, también está previsto que haré lo necesario para lograrlo, y si no ocurrirá por mi pereza, esta flojera habrá estado prevista igualmente. Un proverbio alemán reza que la muerte necesita una causa, y lo mismo puede decirse de la muerte eterna o la condenación, el pecado, o cualquier otra cosa. Pero desde que no sabemos nada de lo que está previsto, debemos hacer nuestras partes sin detenernos en cuestiones sobre si está previsto, o no, todo lo que va a suceder; aún más cuando Dios se contenta con nuestra buena voluntad, cuando ésta es sincera y vigorosa.

**A:** Ese es buen consejo, y encaja totalmente con mi propia visión, pero deja intacta la gran dificultad acerca del origen del mal. Me pregunto por el origen de los orígenes, y no pienso ser engañado con las evasiones clásicas tales como que “el hombre peca porque su naturaleza está corrompida con el pecado de Adán”, dejándonos todavía con la pregunta original, ahora aplicada a Adán mismo, ¿Cómo se llegó a que él pecara? O más generalmente, ¿cómo el pecado vino a ser en un mundo creado por un Dios infinitamente bueno y poderoso? Para dar cuenta del pecado, uno debe apelar a otra causa infinita que fuera capaz de contrabalancear la influencia de la divina bondad.

**B:** Yo le puedo referir tal cosa.

**A:** Eso le haría un maniqueo, aceptando que hay dos fuerzas en el mundo, una para el bien y otra para el mal.

**B:** Me va a exonerar de este cargo de maniqueo cuando le nombre esta otra fuerza.

**A:** Entonces, por favor, nómbrela ahora, señor.

**B:** Es la nada.

**A:** ¿La nada? ¿Pero la nada es infinita?

**B:** Ciertamente lo es. Es infinita, es eterna y tiene muchos atributos en común con Dios. Incluye cierta afinidad con las cosas, ya que todas las cosas que no existen están incluidas en la nada, y todas las cosas que han dejado de existir han regresado a la nada.

**A:** Usted bromea, por supuesto. Como aquel hombre que escribió un libro sobre la nada, Passentius, *De Nihilo*, recuerdo haberlo visto.

**B:** No bromeo en lo más mínimo. Los platónicos y San Agustín mismo nos han probado ya que la causa del bien es positiva, pero el mal es su defecto, esto es, una privación o negación, y así, proviene de la nada o la no existencia.

**A:** No entiendo cómo la nada, la cual no es nada, puede intervenir para arreglar las cosas.

**B:** Usted estaría de acuerdo en que todas las cosas creadas son limitadas y que sus límites constituyen algo negativo. Por ejemplo, un círculo está limitado por la separación de las partes del compás al ser inscrito, y no es más grande. Así, los límites, el *non plus ultra* o el punto de nada más allá, de la separación, fija el círculo. Es lo mismo con todas las otras cosas: están restringidas o hechas imperfectas por la fuerza de la negación de la nada que contienen en sí mismas. (…)

**A:** Sin embargo, admitiría que todo ha sido creado bueno, de modo que Dios tuviera razón para estar satisfecho con ello, como las sagradas escrituras nos dicen. El pecado original vino luego. Y eso es lo que me intriga: ¿cómo el pecado original pudo llegar a ser entre cosas que eran totalmente buenas?

**B:** Todas las cosas creadas tuvieron desde el principio, antes que exista pecado alguno, una imperfección elevándose de sus limitaciones. Así como es imposible que exista un círculo infinito, por cuanto cada uno está limitado por su circunferencia, del mismo modo es imposible que haya absoluta perfección en las cosas creadas. Cuando las sagradas escrituras sugieren que ningún ministro de Dios se encontrará a sí mismo sin defectos, esto se aplica incluso a los ángeles, o al menos, eso sostienen los teólogos. No había nada positivamente malo en las cosas creadas al inicio, pero siempre carecieron de muchas perfecciones. Cuando el primer hombre se alejó del supremo bien y se estableció como una mera cosa creada, por tanto, cayendo en pecado, lo que permitió todo esto fue su falta de atención a los comandos de Dios. Esto es, que, de una imperfección meramente privativa o negativa al comienzo, sucumbió ante algo positivamente maligno.

**A:** Pero, ¿dónde calza la imperfección original, de la cual procede del pecado original?

**B:** Puede decirse que se ha elevado de las mismas esencias o naturalezas de las cosas creadas; por cuanto las esencias son eternas, aun cuando las cosas mismas no lo son. Las esencias no dependen de la voluntad divina, sino de su entendimiento. Por ejemplo, las esencias o propiedades de los números son eternas e incambiables: nueve es un cuadrado perfecto, no porque Dios lo quiera así, sino porque su definición misma lo establece, por cuanto equivale a tres veces tres, y así, resulta del número multiplicado por sí mismo. El entendimiento de Dios es la fuente de las esencias de las cosas creadas tal y como están en él, esto quiere decir, están atadas y delimitadas. Si son imperfectas, uno sólo debe mirar a sus limitaciones o sus límites, esto es equivalente a decir, a su participación en la nada.

**A:** A la luz de tales conceptos, concuerdo en que las cosas creadas necesariamente poseen límites, en el sentido en que lo tenía el círculo del que hablábamos antes. Pero parece que Dios pudo crearlas cuando menos lo suficientemente perfectas como para que no caigan en pecado.

**B:** Yo creo que Dios creó las cosas con suprema perfección, aunque ello no nos parezca así cuando atendemos a las partes del universo. Es un poco parecido a lo que sucede con la música y la pintura, en donde las disonancias y las sombras hacen lo bastante como para mejorar el resto. El logrado creador de tales obras obtiene mayor beneficio de dichos elementos a través del todo panorámico, resultando así, que obtiene perfección en la obra, gracias a las imperfecciones particulares, de suerte que es mejor haberlas incluido antes que haberlas dejado fuera. De modo que tenemos que creer que Dios no hubiera permitido el pecado, o a criaturas que sabía habrían de pecar, si no hubiera sabido también cómo obtener de ello un incomparable bien mayor al mal resultante.

**A:** Me gustaría saber cuál es este bien mayor del que hablas.

**B:** Te puedo asegurar que lo es, aunque no pueda explicarlo en detalle. Para ello, tendría que conocer la armonía general del universo, mientras que nosotros conocemos sólo una pequeñísima parte.

**A:** Aun así, es extraño que haya criaturas que han caído y otras que se han mantenido derechas: ¿De dónde proviene esta diferencia?

**B:** Como creo haberte mostrado, son las esencias de las cosas lo que les distingue a unas de otras; y la cantidad particular y el tipo de variedad que tenemos fue requerida por el orden general de las cosas, del cual la divina sabiduría no quiso desviarse. Le daré otro ejemplo, en un área que usted mismo domina, la geometría.

**A:** Esa ciencia nos ofrece ciertamente una forma de pensar acerca de las cosas, y demuestra lo que la mente humana puede alcanzar, si es dirigida en un orden claro y adecuado. Sin embargo, no logro ver que nos puede ofrecer de relevante para nuestro tema actual. Es así que yo espero ávidamente su explicación.

**B:** Los geómetras figuran una gran distinción entre lo conmensurable y lo inconmensurable, respecto a los pares de líneas. Ellos refieren como “conmensurables” entre sí a dos líneas cuando ambas pueden descritas en virtud de una medida común que podemos nombrar como “M”, teniendo cada una de éstas líneas una medida propia de tantos “Ms” o bien, de una fracción de “M”. Pero cuando dos líneas no pueden ser expresadas en números enteros o fracciones de números que no comparten la misma medida, luego decimos que son “inconmensurables” entre ellas. Una línea de 9 pies y una línea de 10 pies serían conmensurables entre sí, porque tienen una medida común: el pie. Y una línea de 10 pies sería conmensurable con una línea de 9.2 pies, debido a que 0.2 de un pie comparte, en cuanto fracción, la misma medida común, estando contenida 50 veces en la primera línea y 46 veces en la otra.

**A:** Eso es sencillo de comprender, pero los inconmensurables se muestran algo más complicados.

**B:** He aquí un ejemplo. es inconmensurable con 1. Este número es llamado irracional, porque no puede ser expresado de modo exacto, ni en números enteros, ni en fracciones. Jamás encontrará un número entero, o alguna fracción de ninguna suerte, que, siendo multiplicados por sí mismos, produzcan 2. Pruébelo, y lo verá.

**A:** Yo aguardaba una respuesta acerca de las líneas inconmensurables, en lugar de los números inconmensurables.

**B:** Entonces aquí lo tiene, en lo que corresponde a : la diagonal de un cuadrado perfecto, el cual ha sido conocido por siglos por ser inconmensurable con el lado del mismo cuadrado. Demos por establecido el cuadrado perfecto ABCD; yo sostengo que la diagonal AC es inconmensurable con cualquiera de los lados, por ejemplo, con AB.

**(A pide prueba de esto y B la ofrece, mostrando que se sigue de la inconmensurabilidad de con 1.)**

**A:** Ahora, eso es sorprendente. ¿No pudo Dios encontrar un número capaz de representar exactamente , o bien, cualquier diagonal de algún cuadrado perfecto?

**B:** Dios no puede encontrar nada absurdo. Sería como preguntarle a Dios que nos diga, sin mencionar las fracciones, como dividir tres monedas en dos partes iguales.

**A:** Está usted en lo cierto; tal cosa equivaldría a preguntarle cosas absurdas indignas de establecerse ante Dios, o, mejor dicho, sería no preguntar nada, o no saber qué se está preguntando. Veo la necesidad sobre lo que dice acerca de los inconmensurables, aunque nuestra imaginación no lo pueda retener del todo bien. Este asunto tiene algo que enseñarnos acerca de lo que podemos hacer, y de lo que no podemos hacer, ambos a la vez. Es algo considerable el que podamos conocer a los inconmensurables, pero no podríamos sostener que comprendemos totalmente el por qué existen. En cualquier caso, ¿qué puede obtener de esta espléndida línea de pensamiento geométrico que posee algo sobre nuestra cuestión?

**B:** Helo aquí: Si el orden de las cosas, o la sabiduría divina, demandaran a Dios que produzca cuadrados perfectos, y él hubiera decidido acometer esta demanda, no hubiera podido evitar producir líneas inconmensurables, aun cuando ellas tienen la imperfección de no ser capaces de ser exactamente expresadas, ¿No es cierto?, Desde que un cuadrado debe tener una diagonal, la cual distancie los puntos de sus ángulos opuestos. Ahora bien, comparemos a las líneas conmensurables con las mentes que se mantienen vigentes en su pureza, y las líneas inconmensurables con aquellas mentes menos reguladas, las cuales caen eventualmente en el pecado. Es evidente que la irregularidad de las inconmensurables se eleva de la esencia misma de los cuadrados, y esto no es culpa de Dios; es evidente que esta inconmensurabilidad no es una cosa mala que Dios hubiera podido evitar producir. Dios hubiera podido evitar producirlo no creando figuras y cantidades continuas, sino solamente números de cantidades discretas. Pero, ello no hubiera representado la evitación de “algo malo”, porque, la imperfección de los inconmensurables ha sido realizada en miras a un beneficio mayor: era mejor permitir que ocurran los inconmensurables de modo que no se prive al universo de todas las figuras. Sucede lo mismo con las mentes que son menos firmes en lo que respecta a sostenerse rectas: su imperfección original se eleva de su propia esencia, la cual está limitada de acuerdo a su gradación. Su pecado está sentado en las bases de su esencia, aunque ello no resulte en la necesidad de su esencia, como consecuencia; es algo accidental o contingente, y se eleva de su voluntad; y la sabiduría infinita de Dios le permite que derive del mal de dicho pecado, un inconmensurable bien mayor. Esto es lo que le ha llevado a no excluir a tales criaturas de la existencia, ni a prevenir que estas criaturas pequen. Él podría haberlo hecho de otro modo, a través de su absoluto poder, pero ello hubiera contradicho el orden de las cosas que su infinita sabiduría ha elegido.

**A:** Estos pensamientos me entusiasman, son tales, que me ofrecen nuevas luces sobre el asunto.

**B:** Podría ser explicado en términos bastante diferentes de los míos, pienso. Pero no requiere mucha reflexión, me parece, considerar que mi propuesta es básicamente correcta. Encaja con lo establecido por San Pablo, San Agustín, y en parte con el excelente trabajo de Lutero sobre las ataduras de la voluntad. Aquel es un extremadamente buen trabajo, en mi opinión, si uno le baja el tono a ciertas expresiones extravagantes. Desde mi adolescencia me ha parecido una de las mejores y más sólidas obras que nos dejó.

**\*\*\* Nota de Jonathan Bennet: Este diálogo está basado en una conversación real; fue Leibniz quien le puso el título, incluido el “real-life” (*effectif*, o de la vida real). Aquí una parte de una carta que escribió al barón Dobrzensky el 26 de enero de 1695:**

**“Le referí ayer, señor, que, de acuerdo a los antiguos, todo pecado tiene consigo su propio castigo. He aquí un ejemplo de ello: vuestra curiosidad ha sido castigada por mis inconmensurables, los cuales, le han seguido a casa. Me pareció una buena idea poner nuestro diálogo en escrito. Sin embargo, siéntase libre de este detalle, si le place, ya que queda absolutamente en sus manos el leerlo o no, o si permite que alguien más lo lea, (yo no se lo he mostrado a nadie).”**